SIGLOS XVI y XVII

I. Contexto histórico: El Imperio Español

Durante el primer cuarto del siglo XVI españoles de todas las clases sociales participan en los viajes de exploración y conquista de las Américas. Hernán Cortés aprovecha la enemistad de las tribus vecinas de los aztecas y la debilidad de su jefe Moctezuma para subyugar al imperio de Tenochtitlán. Pizarro, en la región de los Andes, manipula con traición y engaño al orgulloso Atahualpa para dominar el imperio inca. Poco a poco, quedan bajo el dominio español todas las tierras desde el sur del continente norte hasta la Patagonia, con la excepción de Brasil.

La extensión y consolidación del imperio español conlleva el despojo de los pueblos indígenas y marca el punto final al desarrollo de las extraordinarias culturas maya, azteca e inca, notablemente avanzadas. La llegada de las enfermedades europeas aumenta de manera dramática la pérdida de vidas. Se puede decir que España crea sus colonias en su propia imagen, exportando los males peninsulares como la intolerancia religiosa, la injusta división socioeconómica, el ineficaz modo de gobierno, junto con aspectos positivos que son únicos a la colonización española como el mestizaje, la rápida difusión de la cultura española, la defensa legal de los indios. Los españoles inmediatamente se mezclan con los indígenas, creando una población mestiza que da su carácter central a la identidad latinoamericana; extienden a la población del nuevo mundo los beneficios culturales y educativos que existen en la península, creando en sorprendente breve tiempo numerosas escuelas y las primeras universidades del continente americano en Santo Domingo, México y Perú; promulgan las Leyes de Indias. El fraile dominico Bartolomé de las Casas lucha incansablemente por la defensa de los indígenas frente a los abusos de los colonizadores. La agricultura europea cambia para siempre con la llegada de nuevos productos de la tierra. El maíz, la patata, los tomates, el cacao se cruzan en su viaje por el Atlántico con el algodón, la vid y la caña de azúcar que se van a implantar en el nuevo continente. La fauna del nuevo mundo también se va a ver transformada con la venida de caballos, vacas, cerdos y ovejas.

A los Reyes Católicos, después del breve reinado de su hija Juana y yerno Felipe, les sucede su nieto Carlos I[1]. Carlos hereda además de su padre, entre otros territorios europeos, los Países Bajos, el reino de Austria y el derecho al título de emperador. Con este primer Habsburgo se afirma el imperio español que se extiende por Europa, Asia y América (en el que "no se pone el sol") y la política expansionista y colonizadora. Esta política tiene un precio muy elevado: las guerras para el mantenimiento del imperio europeo devoran los ingresos que llegan de las Indias y llevan a la ruina a mercaderes y comerciantes, sin mejorar la condición de las grandes masas campesinas. Al cosmopolita Carlos V le sucede Felipe II, cuya preocupación central es el fortalecimiento de la fe. La Inquisición aplica su mano dura contra toda desviación religiosa o incluso cultural. Con los Habsburgos nace Madrid como capital de España, con toda su complicada

[1] A Carlos I se le conoce generalmente como Carlos V, por ser el quinto rey Carlos de Alemania. Con esta denominación se le nombrará en el futuro.

burocracia. En el XVII los débiles Felipe III, Felipe IV y Carlos VI no pueden detener la crisis económica, pero mantienen, a pesar de la decadencia creciente, una fachada de potencia formidable frente a Europa y América. El florecimiento extraordinario del arte y la cultura contribuye a la imagen de una España como centro político y cultural. La llamada Edad de Oro abarca estos años del siglo XVI hasta el final del XVII, y en ella viven escritores como Garcilaso, Cervantes, Góngora, Quevedo, Tirso de Molina, Lope de Vega y Calderón de la Barca y artistas como El Greco, Ribera, Velázquez y Zurbarán.

2. Escenario cultural: La Edad de Oro

El Renacimiento

A la par de los cambios políticos ya mencionados tiene lugar en este periodo una transformación cultural, el *Renacimiento*, que comienza en Italia y se extiende por toda Europa. Al teocentrismo de la Edad Media le sigue el antropocentrismo renacentista, en el que el hombre es la medida de todas las cosas. Los conceptos medievales de un universo centrado en Dios y de la vida del hombre en la tierra como transitoria, entran en crisis. El Renacimiento supone una revolución ideológica en la que el hombre, orgulloso y confiado en sí mismo, se cree dueño de su propio destino y cultiva la belleza y el placer. En consecuencia, las ideas religiosas, la influencia de la Iglesia y la fuerza de los preceptos morales disminuyen. Se produce la Reforma Luterana que rompe con Roma y proclama la libre interpretación de los textos sagrados. La reflexión sobre la brevedad de la vida no trae consideraciones transcendentales sino el *carpe diem*, una invitación a gozar de cuantos placeres pueda uno procurarse. El hedonismo, el gusto por el lujo y gozo estético provocan, por otro lado, el cultivo de las artes y de las letras y la búsqueda del deleite de los sentidos.

La invención de la imprenta, que permite la difusión de la cultura grecolatina e impulsa la admiración de la antigüedad clásica, y el desarrollo de una clase burguesa más realista y ambiciosa, traen una exaltación de lo humano y de la Naturaleza desconocidos en tiempos medievales. La Naturaleza se convierte en modelo de arte y vida: el arte debe ser natural, la vida espontánea y equilibrada. El hombre ideal renacentista busca el desarrollo armónico de todas sus facultades y cultiva juntamente las armas, las letras y las artes. Garcilaso de la Vega, poeta y soldado, ejemplifica este ideal renacentista.

En la literatura se busca la belleza formal, sin intención didáctica. Se toman como modelos la literatura italiana renacentista y su inspiración, el arte clásico greco-latino. El elegante verso de once sílabas (endecasílabo) sustituye al de doce sílabas, pesado y solemne, y al de ocho sílabas, muy usado anteriormente y que ahora se relega a la literatura popular. El soneto es la forma poética preferida por la mayoría de los poetas. El tema del amor, a la manera del poeta italiano Petrarca, presenta este sentimiento como inalcanzable o no correspondido y fuente de melancolía. El retrato de la mujer, objeto del amor, sirve fundamentalmente para presentar los sentimientos del poeta. Para crear la imagen femenina se usan metáforas basadas en elementos de la naturaleza, que se convierte en otro gran tema. El campo es el mundo ideal, reposado,

tranquilo y armonioso (tema del "Beatus ille" horaciano) y sirve de trasfondo e inspiración de la poesía; el paisaje es idealizado y fuente de imágenes sensoriales.

España, a pesar de los cambios y al contrario de otros países europeos, conserva en sus letras cierto carácter religioso y popular-tradicional, junto con el estilo renacentista. Un ejemplo de literatura popular es el **Lazarillo de Tormes**, obra anónima escrita al final del reinado del emperador Carlos V, y la primera novela *picaresca*. En la segunda mitad del siglo, con el reinado de Felipe II, la literatura se vuelve más religiosa y sobria. Prueba de ello es la poesía mística de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

El Barroco

En el siglo XVII se acentúan en el arte y la literatura las tendencias más propiamente españolas frente a las europeas, y cambian las manifestaciones artísticas y literarias del periodo renacentista anterior. El nuevo movimiento cultural es el *Barroco*, fenómeno que abarca la literatura, las artes plásticas y la arquitectura. Al perderse la hegemonía imperial tras una serie de humillantes derrotas y acentuarse la pobreza nacional, surgen el pesimismo y el desengaño. El repentino cambio de suerte política parece haber eliminado el inocente triunfalismo del imperio expansionista. Se une a ello la evolución del pensamiento intelectual que empieza a cuestionar los valores del Renacimiento. La desilusión general se ve reflejada en la literatura: de forma satírica, por ejemplo en **Quevedo**, con tono melancólico en la obra de **Cervantes**, o a través del frecuente tema de la muerte, única realidad firme de la vida humana. ("La vida es sueño", dice el título de la obra más famosa del autor teatral Calderón de la Barca.)

Las características más comunes del arte barroco son el recargamiento de adornos y la exageración, que tan claramente se observan en la arquitectura, con sus decoraciones abundantes que cubren todo espacio vacío y sus elementos inútiles, como columnas que no sostienen nada. Similarmente, la lengua de este periodo incorpora numerosos neologismos, provenientes del latín, de lenguas europeas o de los indígenas americanos. Muchos escritores usan metáforas complejas y un lenguaje difícil de entender.

El *culteranismo* y el *conceptismo* son dos nuevos estilos del Barroco, los dos con raíces en el Renacimiento, pero llevados a un extremo inesperado. Se tienden a diferenciar y definir como contrarios, identificando al primero con **Góngora** y al segundo con **Quevedo**. Sin embargo, los dos estilos se pueden ver como diferentes caras de una misma moneda: dos formas diferentes de provocar una interrupción en el lenguaje habitual; dos caminos que llevan a la sorpresa del lector. El culteranismo distorsiona el orden del lenguaje (hipérbaton), inventa nuevas palabras y metáforas y crea belleza con hallazgos ornamentales; el conceptismo proporciona un juego ingenioso de palabras, un silencio bien colocado o una palabra evocativa para hacer resaltar una idea. El culteranismo se complace en la forma y el conceptismo hace juego del fondo. Los dos manipulan el lenguaje y, en el proceso, revelan su artificiosidad. Ambos obligan al lector a hacer nuevas asociaciones y entrar en nuevas dimensiones estéticas. Son, así, ejemplos perfectos del ideal del Barroco.

Con la literatura de élite, coexiste el teatro popular, al que asiste un gran público entusiasta. A Lope de Vega, autor prolífico de quien nos han llegado más de cuatrocientas obras teatrales, se

le considera el creador del teatro español. Dentro de su escuela, también autor fecundo y siguiendo las directrices de Lope de un teatro dinámico pero con un sello individual, está **Tirso de Molina**, autor de *El burlador de Sevilla*.

La figura cumbre del siglo XVII es, sin embargo, **Miguel de Cervantes** que con su obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, según muchos la novela más leída del mundo, escapa toda clasificación temporal o geográfica. Sus dos personajes, el noble caballero andante don Quijote y su humilde escudero Sancho Panza, pueden encarnar con el idealismo de uno y el pragmatismo del otro el carácter español y el alma universal. *Don Quijote*, aparentemente una parodia de los populares libros de caballería, se puede considerar también una parábola de la España de la época y la primera novela moderna.

En las colonias americanas, la vida intelectual sigue líneas paralelas a la de la península que ejerce también un dominio cultural en ellas. Las primeras manifestaciones literarias en español tienen lugar durante la Conquista e inmediatamente después. Los escritores, muchos de ellos exploradores o militares –Colón el primero de ellos– cuentan las batallas, las costumbres de los indígenas, las dificultades del avance español. No tienen grandes intenciones literarias ni estéticas; su finalidad es informar, convertir a los indios y a veces glorificar a los Conquistadores. A la vez, surgen también obras escritas por y desde el punto de vista indígena, que narran los mismos acontecimientos con diferentes opiniones. Aunque los cronistas, hombres de acción convertidos en escritores, pertenecen a la época del Renacimiento, muchos por su forma de escribir se asemejan más al periodo anterior, el de la narrativa épica. El conjunto de su obra se conoce como "Crónicas e Historias de América", una enorme colección escrita por testigos presenciales y narrada con entusiasmo y animación, en una prosa viva y directa. Contienen numerosos detalles y en ocasiones tensión dramática. Entre ellas destaca *Naufragios* de **Cabeza de Vaca**, más novelesca y complicada que la obra de otros cronistas.

El Renacimiento va a dejar, por supuesto, su huella en la literatura colonial: Renacentista es la obra del Inca Garcilaso de la Vega. Hijo de padre español y madre india, el Inca Garcilaso ofrece una obra de propósito complejo que a la vez alaba a su padre conquistador y defiende las tradiciones de su madre, princesa inca. El Barroco tiene como brillante representante a **Sor Juana Inés de la Cruz**, fenómeno literario que ya en vida es titulada "la Décima musa". Desde mediados del siglo XVII la vida cultural, el estilo de vida o las modas van a ser dominados por los *criollos*, descendientes de españoles nacidos en las colonias que viven en las ciudades y constituyen la clase alta y administradora. Los grupos étnicos más significativos que nacen a partir de la Conquista son los *mestizos*, de extracción indígena y española, sobre todo en México, Centroamérica y la zona andina; y los *mulatos*, de origen africano y español, especialmente en el Caribe y en zonas rurales. Los *peninsulares* son un pequeño grupo de españoles encargados de los puestos más altos del gobierno representando al rey.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca

(1490-1557)

Datos biográficos

Bajo la influencia de los cuentos de su abuelo (el conquistador de la Gran Canaria, Pedro de Vera), Alvar Núñez habría de crecer soñando con ser soldado y conquistador. Explorador del suroeste de América del Norte, Alvar Núñez (Cabeza de Vaca no es su apellido sino un título hereditario de la familia de su madre) vino al nuevo mundo con el cargo de tesorero de la expedición de Pánfilo de Narváez, que partió de España en 1527 y tocó tierra en la costa oeste de la Florida (probablemente donde actualmente está la bahía de Tampa) al año siguiente. La expedición continuó por mar hasta que naufragó en una isla cerca de la costa de Texas. La relación de la aventura, una de las más extraordinarias en la historia de la exploración, se publicó en 1542 con el título de *Naufragios* y es la fuente de los cuatro capítulos a continuación.

De los 600 hombres que partieron con Pánfilo de Narváez, solamente cuatro regresaron a España. Después de muchas tribulaciones entre diversas tribus de indios, a veces como sus esclavos, a veces como sus amigos, los cuatro sobrevivientes se ganaron el respeto de los indios por sus habilidades médicas y por ello fueron colmados de regalos. Cabeza de Vaca y sus compañeros emprendieron un largo viaje por el continente, y en 1536 llegaron a Culicán, México, donde contaron sus aventuras a los españoles. Aunque los historiadores aún disputan la ruta por donde viajaron, se sabe que después de errar muchísimo llegaron al oeste de Texas, Nuevo México, Arizona y quizás California.

Después de regresar a España, Cabeza de Vaca quería volver a América y aunque le pidió permiso a Carlos V para volver a "la Florida", el emperador se lo otorgó a Hernando de Soto. En cambio, Cabeza de Vaca fue nombrado Adelantado de la región de Río de la Plata en Brasil. Seguramente lo atrajeron allí sueños de fama, oro y poder, pero sobre todo, su deseo de llevar paz y amor a los indígenas del nuevo mundo. Encabezó una expedición y llegó a Asunción en 1542, después de un viaje de más de mil millas por tierra (fue el primer europeo que vio las famosas cataratas de Iguazú desde la costa). Pero sus aventuras en Sudamérica fueron muy distintas de las del norte. Sus expediciones fracasaron y terminó encarcelado y deportado a España en 1545. Contó sus desventuras sudamericanas en sus *Comentarios* editados en 1555.

Las crónicas de Cabeza de Vaca

La prosa de Cabeza de Vaca es la de un hablante culto de la lengua de la época de Carlos V, en la cual se encuentran americanismos dispersos. Sus párrafos son muy largos pero muy claros. Como su relato se basa en una crónica de viaje, predomina la descripción documental. Simbólicamente, cuenta el tránsito de la civilización a la barbarie y la vuelta a la civilización en una narrativa básicamente lineal, pero interrumpida de vez en cuando por las historias intercaladas de los demás sobrevivientes. Se nota el tono objetivo con el que narra los acontecimientos más inverosímiles: por ejemplo, la historia del hombre/monstruo "Mala Cosa", el encuentro del árbol ardiente o la curación del hombre "muerto". El aspecto que más se destaca de su relato es la falta

de prejuicios etnocéntricos para un escritor de su época. Se considera a Cabeza de Vaca como el conquistador más iluminado en el sentido de que muestra en su crónica tanto como en su vida un verdadero respeto por los indios, un deseo de vivir en paz con ellos y una preferencia por la diplomacia en vez de la violencia.

NAUFRAGIOS

CAPÍTULO XII *Cómo los indios nos trajeron de comer*

Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habían dicho, vinieron a nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores o menores. La mayor parte de ellas se sacan de bajo del agua y con mucho trabajo. A la tarde volvieron, y nos trajeron más pescado y de las mismas raíces, y hicieron venir sus mujeres e hijos para que nos viesen; y así se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos. Otros días nos tornaron a visitar con lo mismo que esas otras veces. Como nosotros veíamos que estábamos proveídos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos a embarcar y seguir nuestro camino y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida. Fué menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy más livianas bastaban para ponernos en él. Así embarcados, a dos tiros de ballesta dentro en la mar nos dió tal golpe de agua, que nos mojó a todos. Y como íbamos desnudos, y el frío que hacía era muy grande, soltamos los remos de las manos, y a otro golpe que la mar nos dió, trastornó la barca. El veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; mas sucedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos, y perdido todo lo que traíamos; aunque todo valía poco, pero entonces valía mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales, que con poca dificultad se nos podía contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me ví en necesidad de comerlo crudo; porque, aunque se mataron los caballos entre tanto que las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos.

Y sobre todo lo dicho, había sobrevenido viento norte, de suerte que más estábamos cerca de la muerte que de la vida. Plugo a nuestro Señor que buscando los tizones del fuego que allí habíamos hecho, hallamos lumbre, con que hicimos grandes fuegos; y así estuvimos pidiendo a nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no sólo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado veían. A hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron a buscar y a traernos de comer; mas, cuando ellos nos vieron así en tan diferente hábito del primero, y en manera tan extraña, espantáronse tanto, que se volvieron atrás. Yo

salí a ellos y llamélos, y vinieron muy espantados. Híceles entender por señas cómo se nos había hundido una barca, y se habían ahogado tres de nosotros; y allí, en su presencia, ellos mismos vieron dos muertos; y los que quedábamos íbamos aquel camino.

Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír y esto les duró más de media hora. Y, cierto, ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha.

Sosegado ya este llanto, yo pregunté a los cristianos, y dije que, si a ellos parecía, rogaría a aquellos indios que nos llevasen a sus casas. Algunos de ellos que habían estado en la Nueva España respondieron que no se debía hablar en ello, porque si a sus casas nos llevaban, nos sacrificarían a sus ídolos. Mas, visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué a los indios que nos llevasen a sus casas. Ellos mostraron que habían gran placer de ello, y que esperásemos un poco, que ellos harían lo que queríamos. Luego treinta de éllos se cargaron de leña, y se fueron a sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha prisa, fuimos a sus casas. Por el gran frío que hacía, y temiendo que en el camino alguno no muriese o desmayase, proveyeron que hubiese cuatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada uno de ellos nos calentaban. Desde que veían que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan aprisa, que casi los pies no nos dejaban poner en el suelo. De esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella. Desde a una hora que habíamos llegado, comenzaron a bailar y hacer grande fiesta que duró toda la noche, aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuándo nos habían de sacrificar. A la mañana nos tornaron a dar pescado y raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo, y perdimos algo el miedo del sacrificio.

CAPÍTULO XX *De cómo nos huimos*

Después de habernos mudado, desde a dos días nos encomendamos a Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiando que, aunque era ya tarde y las tunas se acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos habían de seguir, vimos unos humos, y yendo a ellos, después de vísperas llegamos allá, donde vimos un indio que, como vió que íbamos a él, huyó sin querernos aguardar. Nosotros enviamos al negro tras de él y como vió que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos a buscar aquella gente que hacía aquellos humos. Él respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaría allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió a dar aviso de cómo íbamos. Y a puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos a ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos recibieron bien. Dijímosles en lengua de mariames que íbamos a

buscarlos. Ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y así, nos llevaron a sus casas, y a Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y a mí y a Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámanse avavares, y son aquellos que solían llevar los arcos a los nuestros e iban a contratar con ellos. Aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quienes antes estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofreció muchas tunas, porque ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la había, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazón que nos tratasen bien, como adelante diremos.

CAPÍTULO XXI *De cómo curamos aquí unos dolientes*

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios a Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase. Después que los hubo santiguado y encomendado a Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron a sus casas y trajeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado; cosa que no sabíamos qué cosa era. Como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche a que los sanase, y cada uno traía un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos a dónde poner la carne. Dimos muchas gracias a Dios porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes. Después que se acabaron las curas comenzaron a bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella hallaríamos, y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos a sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno y tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con estos.

A cabo de cinco días que allí habíamos llegado, se partieron a buscar otras tunas adonde había otra gente de otras naciones y lenguas. Andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, allegamos a un río, donde asentamos nuestras casas. Después de asentadas, fuimos a buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros, y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla; la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche. A la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas artes no la había, tuviese de hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nací; y para las noches yo tenía este remedio, que me iba a las matas del monte, que estaba cerca de los ríos, y paraba en ellas antes que el sol

se pusiese, y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cría en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches. Una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo comenzó a arder muy recio, y por mucha prisa que yo me dí a salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía los pies descalzos, corrióme de ellos mucha sangre. Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el norte, porque de otra manera ningún remedio había de yo vivir. A cabo de cinco días llegué a una ribera de un río, donde yo hallé a mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creían que alguna víbora me había mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habían caminado con mucha hambre, que esta era la causa que no me habían buscado. Aquella noche me dieron las tunas que tenían, y otro día partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisficieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias a nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

CAPÍTULO XXII *Cómo otro día nos trajeron otros enfermos*

Otro día de mañana vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estaban tullidos y muy malos, y venían en busca de Castillo que los curase. Cada uno de los enfermos ofreció sus arcos y flechas, y él los recibió, y a puesta del sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les enviase salud, pues él veía que no había otro remedio para que aquella gente nos ayudase, y saliésemos de tan miserable vida. Y él lo hizo tan misericordiosamente que, venida la mañana, todos amanecieron buenos y sanos, y se fueron tan recios como si nunca hubieran tenido mal ninguno. Esto causo entre ellos muy gran admiración, y a nosotros despertó que diésemos muchas gracias a nuestro señor, a que más enteramente conociésemos su bondad y tuviésemos firme esperanza que nos había de librar y traer donde le pudiésemos servir. Y de mí sé decir que tuve siempre esperanza en su misericordia que me había de sacar de aquella cautividad, y así lo hablé siempre a mis compañeros. Cuando los indios se fueron y llevaron a los indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y estos se llaman cutalches y maliacones, que son otras lenguas, y junto con ellos había otros que se llamaban coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos, y estos tenían guerra con los susolas, con quien se flechaban cada día.

Y como por toda la tierra no se hablase sino de los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venían de muchas partes a buscarnos para que los curásemos. A cabo de dos días que allí llegaron, vinieron a nosotros unos indios de los susolas y rogaron a Castillo que fuese a curar un herido y otros enfermos. Dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las

curas eran muy temerosas y peligrosas, y creía que sus pecados habían de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese a curarlos, porque ellos me querían bien. Y se acordaban que les había curado en las nueces, y por aquello nos habían dado nueces y cueros. Y esto había pasado cuando yo vine a juntarme con los cristianos.

Y así hube de irme con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico. Cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían, yo ví el enfermo que íbamos a curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto. Así, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según a mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué a nuestro Señor fuese servido de dar salud a aquel y a todos los otros que de ella tenían necesidad. Después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme a curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales dí a nuestros indios, que con nosotros habían venido. Hecho esto nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, a quienes dí las tunas, se quedaron allá; y a la noche se volvieron a sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos, se habia levantado bueno y se había paseado, y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres. Esto causó gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa.

Esto causó muy gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos a quien esta fama llegaba nos venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hubieron de ir a sus tierra, antes que se partiesen nos ofrecieron todas las tunas que para su camino tenían, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos a Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los más contentos hombres del mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenían.

Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente éramos nosotros hijos del Sol. Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían que habían de sanar si nosotros los curásemos, que creían que en tanto que allí nosotros estuviésemos, ninguno de ellos había de morir. Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que había quince o diez y seis años qué había acontecido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa, y que era pequeño de

cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego aparecía a la puerta de la casa un tizón ardiendo; y luego aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos; y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas; y que cortaba de una tripa más o menos de un palmo, y aquella que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y poco después se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él quería, tomaba el buhío o casa, y subíala en alto y poco después caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que jamás comió; y que le preguntaban dónde comía y a qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendidura en la tierra, y dijo que su casa era allá debajo.

De estas cosas que ellos nos decían, nos reíamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creíamos, trajeron muchos de ellos que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquel era un malo, y de la mejor manera que podimos les dábamos a entender que si ellos creyesen en Dios Nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no tendrían miedo de aquél, ni él osaría hacerles aquellas cosas y que tuviesen por cierto que en tanto nosotros en la tierra estuviésemos, él no osaría aparecer en ella. De eso ellos se holgaron mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían. Estos indios nos dijeron que habían visto al asturiano y a Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, a quien nosotros llamábamos de los higos. Toda esta gente no conocía los tiempos por el Sol ni la Luna, ni tenían cuenta de mes y año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con éstos fuimos siempre bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan ni maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses que estuvimos con ellos, los seis padecimos mucha hambre, que tampoco alcanzan pescado.

Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban a madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos, nos fuimos a otros que adelante estaban llamados maliacones; éstos estaban una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos. Al cabo de los tres días envié a que trajese a Castillo y a Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos, con los indios que iban a comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez o doce días, entretanto las tunas vienen y allí se juntaron con estos otros indios que se llamaban albadaos, y a éstos hallamos muy enfermos y flacos y hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho; y los indios con quien habíamos venido se volvieron por el mismo

camino; nosotros les dijimos que nos queríamos quedar con aquellos de que ellos mostraron pesar; y así, nos quedamos en el campo con aquéllos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos sirvieron, juntáronse después de haber hablado entre sí, y cada uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron a sus casas. Con éstos padecimos más hambre que con los otros, porque en todo el día no comíamos más que dos puños de aquella fruta, que estaba muy verde; tenía tanta leche, que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua daba mucha sed a quien la comía; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros, y a trueco de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubría.

Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y cómo ya estábamos acostumbrados a ello, a manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces al año, y con el Sol y el aire hacíansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que recibíamos muy gran pena por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas; y hacían que las cuerdas se nos metían por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces hacíamos leña en montes, que cuando la acabábamos de sacar nos corría por muchas partes sangre de las espinas y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban. A veces me aconteció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podía sacar ni a cuestas ni arrastrando. No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro medio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redentor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padeció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con unos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Hacíamos esteras, que son cosas de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse de nada, por buscar entretanto que comer, y cuando entienden en eso pasan muy gran hambre. Otras veces, me mandaban raer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el día que me daban a raer alguno porque yo lo raía muy mucho y comía de aquellas raeduras y aquello me bastaba para dos o tres días. También nos aconteció con éstos y con los que atrás habíamos dejado, darnos un pedazo de carne y comérnoslo así crudo, porque si lo pusiéramos a asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comía; parecíasnos que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estábamos tales, que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podíamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos por los rescates que por nuestras manos hicimos.

Sugerencias para el análisis de *Naufragios*

1. Analiza la evolución de las relaciones entre los españoles y los indios en el Capítulo XII. ¿Por qué al principio escribe Cabeza de Vaca "hicieron venir [los indios] sus mujeres e hijos para que nos viesen"? ¿Cómo se explica la compasión que sienten los indios al final cuando ven la situación patética de los españoles?
2. Usando un mínimo de cinco adjetivos, describe la actitud y el tono del narrador hacia los

problemas de los españoles relatados en el Capítulo XII.

3. Entre los Capítulos XII y XX, Cabeza de Vaca cuenta cómo su grupo de náufragos encuentra a otros españoles en la isla, cómo trata de escaparse y cómo por fin se queda allí hasta abril del año siguiente. A causa de las severas condiciones del tiempo, sólo 15 de los 80 que se encontraban allí sobrevivieron el primer invierno. Por eso, dan el nombre de "Malhado" *(bad luck)* a la isla. Al enfermarse, Cabeza de Vaca es transportado al continente y pierde la oportunidad de escaparse con doce de sus compañeros. En la primavera lo llevan otra vez a la isla, de donde, en el Capítulo XX, planea escaparse, empezando el recorrido por tierra de Texas a la ciudad de México, que hará con tres de sus compañeros. Comenta su recepción por la primera tribu de indios al final del Capítulo XX.
4. ¿A quién le atribuyen los españoles los poderes de sus curaciones? Explica la importancia de la religión para las expediciones en general y para Cabeza de Vaca como cronista. Analiza su profesión de fe al principio del Capítulo XXII.
5. Analiza el relato detallado de las penas que sufre Cabeza de Vaca durante los cinco días en que se pierde, según el Capítulo XXI. Haz una lista de los elementos necesarios para sobrevivir en tales circunstancias: en la primera columna anota las necesidades humanas y, en la segunda, cómo el narrador logra satisfacer estos requisitos.
6. Lee con atención la narración de la curación de los indios por los españoles en el segundo párrafo del Capítulo XXII. Compárala con esta descripción del Capítulo XV (la primera en la literatura española) de cómo los indios se curaban: "La manera que ellos tienen en curarse es ésta: [...] Lo que el médico hace es darle unas sajas donde tiene el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal". Analiza cómo los españoles integran las prácticas de la medicina indígena con sus propias creencias y prácticas.
7. Explica la importancia del título que los indios ponen a los españoles que los curan, "hijos de Sol". ¿Cómo entiendes el "milagro" producido en el Capítulo XXII cuando los españoles resucitan a un muerto?
8. Lee con atención la historia del hombre llamado Mala Cosa. ¿Te parece verosímil? ¿Cuál es su importancia para los indios, y para qué fines usan la historia los españoles?
9. Los españoles padecen de mucha hambre y trabajan como esclavos durante el tiempo que pasan con los indios arbadaos (al final del Capítulo XXII). Analiza la actitud de Cabeza de Vaca hacia los sufrimientos de esa temporada. ¿Por qué se compara con Jesucristo durante estas penas? ¿Te parece irónico que los hombres que habían venido como conquistadores trabajen de esclavos en esa época?

Temas de discusión y ensayo

1. Comenta el autorretrato de Cabeza de Vaca en estos capítulos: ¿en qué se parece y en que

se distingue del héroe tradicional?

2. Haz una lista de las tribus indias que menciona Cabeza de Vaca y trata de averiguar algo acerca de su idioma, localización geográfica y cultura. ¿Existen los descendientes de estas tribus hoy en día?
3. Compara y contrasta la representación de los indios por Cabeza de Vaca con la de los indígenas en el cuento "La noche boca arriba" de Julio Cortázar. ¿Cuál es más realista?
4. En el Capítulo XIV de los *Naufragios*, Cabeza de Vaca cuenta la triste historia de cinco españoles de la expedición original que tienen tanta hambre el primer invierno que recurren al canibalismo: "A pocos días sucedió tal tiempo de fríos y tempestades, que los indios no podían arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzóse a morir la gente; y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese". ¿Conoces otras historias de canibalismo? Si tuvieras tanta hambre como estos hombres, ¿qué harías?
5. En un artículo publicado en 1979, Gabriel García Márquez comenta el *realismo mágico* que ya existía en las crónicas del Nuevo Mundo: "No hay escritores menos creíbles y al mismo tiempo apegados a la realidad que los cronistas de Indias, porque el problema con que tuvieron que luchar era el de hacer creíble una realidad que iba más lejos que la imaginación". Compara los rasgos maravillosos o míticos en la crónica de Cabeza de Vaca con los de "Un señor muy viejo con unas alas enormes" o con "El ahogado más hermoso del mundo".
6. Al llegar a México al final de su primer viaje, Cabeza de Vaca cuenta que "el gobernador nos recibió muy bien, y de lo que tenía nos dio de vestir; lo cual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo" (Capítulo XXXVI). En tu opinión, ¿por qué los cuatro sobrevivientes, desnudos como los indios por los ocho años de su viaje, no pueden acostumbrarse inmediatamente a las costumbres del mundo "civilizado"? ¿Han experimentado una transformación verdadera de una cultura a otra?

Actividades

1. Ver la película mexicana *Cabeza de Vaca* (1990, en español con subtítulos en inglés). Dirigida por Nicolás Echevarría y escrita por Guillermo Sheridan y Nicolás Echevarría, su guión está inspirado en *Naufragios*. Se puede conseguir en Facets o el Instituto Cervantes.
2. Hacer un mapa del suroeste de América del Norte trazando la ruta de Cabeza de Vaca y de otros exploradores del nuevo mundo.
3. Hacer, individualmente o por grupos, una investigación histórica de las culturas precolombinas para preparar un informe en PowerPoint. Como material se pueden utilizar los códices mayas y aztecas, libros de arte e información del internet.

4. Seleccionar por grupos los párrafos o aspectos de mayor interés para los lectores de aquella época y de la actual.
5. Tratar de identificar afirmaciones históricamente sorprendentes y explicar el por qué: ¿Ignorancia? ¿Deseos de informar al público de lo que quiere oír? ¿Interpretación personal para dar más interés al relato? ¿Hipérbole?
6. Cabeza de Vaca llega al Nuevo Mundo del siglo XXI. Por grupos o individualmente, los estudiantes escriben la crónica. Tienen que poner un título al estilo del autor y narrar una escena específica en primera persona y con gran detalle.

Garcilaso de la Vega

(1501-1536)

Datos biográficos

Toledano y de linaje noble, Garcilaso de la Vega encarnó en su vida uno de los ideales cortesanos del Renacimiento: la síntesis del hombre de letras y el hombre de armas. Educado en la corte, Garcilaso estudió con los grandes humanistas de su tiempo. También luchó con el ejército del emperador Carlos V en múltiples batallas, incluyendo la defensa de la isla de Rodas, la campaña de Francia de 1522, la guerra de los Comuneros en la que fue herido y el asalto de la fortaleza de Muy, donde sufrió una herida que le causó la muerte. Garcilaso contrajo matrimonio en 1525 con Elena de Zúñiga. La pasión de su vida e inspiración de muchos poemas, sin embargo, parece haber sido la portuguesa Isabel Freyre.

A pesar de su valentía y de haber asistido a la coronación de Carlos V, el soldado-poeta fue desterrado por el emperador a una isla del Danubio tras una ofensa personal: Garcilaso había servido de testigo, en contra de órdenes del emperador, en una boda. Pero gracias al esfuerzo del influyente Duque de Alba, quien ayudó a tramitar el perdón oficial, Garcilaso viajó a Nápoles con un cargo diplomático. Estas circunstancias biográficas serían de gran repercusión literaria. Fue en Italia donde entabló las amistades que le introdujeron a la poesía italiana, un encuentro que tendría profundo efecto en los versos de Garcilaso y en los de muchos poetas a quienes inspiró.

La poesía de Garcilaso

Garcilaso de la Vega y su amigo Juan Boscán son los primeros poetas españoles que incorporan con éxito la estética renacentista italiana al verso español. Siguiendo el modelo de Petrarca, Garcilaso y Boscán renuevan por completo la técnica de la poesía peninsular. Entre los cambios más importantes destacan: el uso en la métrica del verso endecasílabo; y en la estructura, la introducción de gran variedad de combinaciones de estrofas (sonetos, liras, silvas, octavas y tercetos) que aparecen en géneros como la canción, la égloga y la elegía. A partir de esta ruptura lírica, el verso de ocho sílabas se emplea casi exclusivamente en la poesía popular y se desprestigia el uso del de doce sílabas típico del arte mayor.

La obra de Petrarca sirve también de fuente temática para los versos de Garcilaso.

Predominan como temas el amor, la naturaleza y los mitos paganos frecuentemente tomados de los poetas romanos Ovidio, Virgilio y Horacio. Desviándose por entero de la poesía religiosa, la lírica de Garcilaso se enfoca en el hombre y en sus sentimientos. Se representa un deseo casi siempre melancólico que llora la pérdida de la amada o el amor no correspondido. El mundo bucólico o pastoril, en su armonía y belleza, sirve de marco para los encuentros amorosos y de modelo para la expresión artística. Las referencias a la antigüedad clásica también se enlazan íntimamente con las emociones del artista: se poetizan, por ejemplo, mitos de amantes clásicos y temas horacianos como el *carpe diem*. El "yo" poético, poseedor de una mirada autocontemplativa, estudia minuciosamente su estado afectivo.

Respetando el ideal de la naturalidad, el estilo de Garcilaso es estudiosamente sencillo. Se hallan en sus poemas figuras retóricas pero de simplicidad elegantemente armoniosa: la expresión es culta y delicada, pero siempre comedida.

SONETO XXIII

En tanto que de rosa y azucena[1]
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena[2];

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto[3],
por el hermoso cuello blanco, enhiesto[4],
el viento mueve, esparce[5] y desordena;

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre[6].

Marchitará[7] la rosa el viento helado,
Todo lo mudará[8] la edad ligera[9],
Por no hacer mudanza en su costumbre.

1. white lily
2. reins in
3. quick
4. upright
5. scatters
6. peak
7. will wither
8. will change
9. light; fickle

Sugerencias para el análisis del poema

1. ¿Cuál es el tema central del poema? Explica qué pensamientos distintos introducen los dos cuartetos y los dos tercetos del soneto.
2. Identifica las imágenes naturales de las primeras dos estrofas. ¿Qué elementos de la naturaleza corresponden a qué partes del cuerpo? ¿Cómo emplea el poeta las imágenes para crear el retrato de una mujer?
3. Analiza la perspectiva dentro de este poema. ¿Quién habla? ¿A quién? ¿Se dirige la voz poética solamente a la mujer? Observa el último terceto.

4. Comenta los tiempos verbales. ¿Qué efecto tienen los cambios?
5. ¿Qué metáforas se emplean para sugerir la noción de la pérdida de la belleza?
6. ¿Qué significado tienen las estaciones del año en el poema? ¿Cómo se relacionan con el tema del *carpe diem*?

Temas de discusión y ensayos

1. Compara la representación de la naturaleza en Garcilaso y Góngora. ¿En qué se parecen y diferencian?
2. ¿Cómo es el retrato de la mujer en el poema? ¿Cuál es el resultado de una descripción tan fragmentada? ¿Obtiene el lector una visión completa de la mujer a través del poema?
3. ¿Cómo se diferencian los géneros masculino y femenino en el poema? ¿Quién posee la voz poética? A primera vista puede parecer que hay un solo poder dominante: comenta este tema. ¿Hay alguna ambigüedad?
4. Observa la fluidez que da al poema el hecho de que unos versos continúen en otros. ¿Cómo se llama este fenómeno? ¿Cómo se relaciona con el tema del poema?
5. En tu opinión, el tema recurrente de la celebración de la belleza femenina en la literatura y el arte, ¿responde a una consideración hacia la mujer? ¿O es una mera experimentación estética? Presenta ejemplos específicos históricos o contemporáneos.

Actividades

1. Presentar en clase cuadros de Boticelli (*El nacimiento de Venus o La primavera*), como retratos idealizados de la mujer.
2. Los estudiantes tratan de dibujar a la mujer del soneto, siguiendo literalmente los detalles mencionados por el poeta, para ver el sorprendente retrato que emerge.

La vida del Lazarillo de Tormes

1554

De autor desconocido, *La Vida del Lazarillo de Tormes* o *El Lazarillo*, como se suele llamar, es la primera novela de un género literario característico de la literatura española: *la picaresca*. Se llama así a un grupo de novelas escritas en el siglo XVI y XVII que parten de *El Lazarillo* y alcanzan su culminación con la historia de *Guzmán de Alfarache*. Se caracterizan estas novelas por una aguda sátira social. El protagonista entra en contacto con personajes muy variados y observa la vida de diferentes clases sociales con una gran mezcla de amargura, sarcasmo, ironía y escepticismo. El género picaresco tiende a desaparecer hacia la mitad del siglo XVII pero deja una huella

importante: *El Lazarillo* se considera como un precursor clave de la novela moderna.

En 1554 aparecen tres ediciones de *El Lazarillo*, una de Burgos, otra de Amberes y otra de Alcalá. Desde el momento de su aparición, *El Lazarillo* tuvo un éxito inmenso. En ninguna de estas tres ediciones, que presentan algunas variantes, figura el nombre del autor. Aunque a lo largo de los años se han sugerido varios nombres, la crítica considera la obra anónima. Lo que sí sabemos es que el autor poseía un gran sentido de observación, una profunda sabiduría de la vida y una cultura amplia. En su obra nos da una aguda visión de la sociedad española y las costumbres de su tiempo. El concepto del honor y la corrupción del clero son algunos de los temas que el autor trata con un estilo muy personal.

Aunque el autor usa paradojas, antítesis, metáforas, arcaísmos y otros recursos estilísticos de la tradición literaria, *El Lazarillo* se caracteriza por un estilo natural, sencillo, vivo, directo y coloquial, lleno de expresiones populares como conviene a un muchacho joven. Se nos da una viva observación de la realidad, teñida a veces de ingenuidad pero no exenta de humor. *El Lazarillo* consta de un prólogo y siete tratados. Es un relato escrito en primera persona en el que el protagonista, ya adulto, cuenta de forma retrospectiva las peripecias de su infancia y juventud. Esta forma autobiográfica de la novela es uno de sus elementos más innovadores.

Nace Lázaro en las orillas del río Tormes y casi todas las aventuras de este muchacho insignificante, de ínfima extracción social, se desarrollan en tierras de Salamanca y Toledo. La vida de Lázaro es una vida vulgar, sin ambiciones o aspiraciones. La estructura episódica de la novela se basa en que el Lazarillo sirve sucesivamente a varios amos: un ciego, un clérigo, un fraile mercedario, un buldero, un maestro pintor y un alguacil. En la sucesión de amos, nos presenta el autor una variada galería de tipos humanos de la sociedad de la época (siglo XVI), particularmente el aspecto más negro de una sociedad marginada. La unidad de la novela se consigue por medio de la presencia constante del protagonista, pero se pueden leer los tratados independientemente. El tercer episodio es el más conocido: Lázaro sirve a un escudero a quien el honor impide trabajar, pero que no siente escrúpulos al consentir que Lázaro mendigue para ganar el sustento de los dos. Amo y criado están unidos por el hambre dándose la paradoja de que el sirviente alimente al amo. El autor nos describe esta relación con gran dignidad no exenta de compasión. *El Lazarillo* ve la luz en un momento en que España ostenta la hegemonía europea, pero se advierten ya los indicios que anuncian la decadencia. El protagonista de las novelas picarescas, el *pícaro*, viene a romper con la prosa anterior idealizante o pastoril donde los protagonistas son heroicos caballeros o artificiosos pastores. La figura del pícaro es una crítica contra la idea del honor basado en falsas apariencias, dinero y limpieza de sangre. Podemos considerar a Lázaro como un antihéroe, la contrafigura del caballero, conquistador y santo. Es un joven a quien la sociedad enseña a utilizar sus mañas e ingenio para integrarse en esa misma sociedad y prosperar. Su vida es un largo camino que le lleva de la inocencia a la experiencia.

Notas para facilitar la lectura

- *El Lazarillo* empieza con un prólogo en boca del mismo Lázaro. Está dirigido a "vuestra merced", persona importante de quien Lázaro va a ser empleado y que le ha pedido alguna explicación. Lázaro decide contarle toda su vida y aventuras que constituyen la narración.

- Además de algunos arcaísmos como *do* por *donde*, *aqueste* por *este*, *haber* por *tener*, etc., se puede ver en *El Lazarillo* el uso constante del pronombre después del verbo: *fuilo* por *lo fui*, *púseme* por *me puse*, *dióme* por *me dio* y otros semejantes.
- Como es normal en la época, se usa continuamente la conjunción *mas* en lugar de *pero*.

LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES

TRATADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y CUYO HIJO FUE

Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzáles y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue de esta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años. Y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso y confesó y no negó y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que esté en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno, de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas, de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile1 queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.

Y acuérdome que, estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él, con miedo, para mi madre y, señalando con el dedo, decía: "¡Madre, coco!"

Respondió él riendo: "¡Hideputa!".

Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí:

"¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!".

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del Mayordomo y, hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas; y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aún más. Porque a mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondía y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre a un herrero vendí.

Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase ni al lastimado, Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana. Y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adiestrarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano.

El respondió que así lo haría y que me recibía no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adiestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

–Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal y allí puesto, me dijo:

–Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

–Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba.

Dije entre mí:

"Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer".

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me mostró jerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir, muchos te mostraré.

Y fue así que después de Dios, éste me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adiestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

Allende de esto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas, si traían hijo o hija.

Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía:

—Haced esto, haréis estotro, coged tal yerba, tomad tal raíz.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía, creían. De éstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa vuestra merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba a mí de hambre y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre o las más veces me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

El traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave; y al meter todas las cosas y sacarlas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo

en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas y, cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que, después que conmigo estás, no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo:

—¿Mandan rezar tal y tal oración?, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comiamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas duróme poco. Que en los tragos conocía la falta y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán, que así trajese a sí, como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y de allí en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él y, viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

—No diréis, tío, que os lo bebo yo —decía—, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor; sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mi venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera

que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decia:

–¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otros donaires que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto por hacerlo más a mi salvo y provecho. Y aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego de allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome.

Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

–¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña.

Santiguándose los que lo oían, decían:

–¡Mirad quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho del artificio, y decíanle:

–Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis.

Y él, con aquello, nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal daño: si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que, aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced a cuanto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: "Más da el duro que el desnudo". Y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, al tercer día hacíamos San Juan.

Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo de ellas en limosna. Y como suelen ir los cestos

maltratados y también porque la uva en aquel tiempo esta muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábase mosto y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo:

–Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él; mas aún pasaba adelante: dos a dos y tres a tres y como podía las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y, meneando la cabeza, dijo:

–Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

–No comí –dije yo–, mas, ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

–¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres?

En que comía yo dos a dos y callabas.

A lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales, en Escalona, adonde a la sazón estábamos, en casa de un zapatero había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte de ellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual, alzando la mano, tocó en ellas y viendo lo que era, dijome:

–Anda presto, muchacho; salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo.

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, dijele:

–Tío, ¿por qué decís eso?

Respondióme:

–Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás y verás cómo digo verdad.

Y así pasamos adelante por el mesmo portal y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y como iba tentando si era allí el mesón adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:

"¡Oh, mala cosa, peor que tienes la hechura!

¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos tenerte ni aún oír tu nombre, por ninguna via!".

Como le oí lo que decía, dije:

–Tío, ¿qué es esto que decís?

–Calla, sobrino, que algún día te dará éste que en la mano tengo alguna mala comida y cena.

–No le comeré yo –dije–, y no me la dará

–Yo te digo verdad; si no, verlo has, si vives.

Y así pasamos adelante hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedió en él.

Era todo lo más que rezaba por mesoneras, y por bodegoneras y turroneras y rameras y así por semejantes mujercillas; que por hombre casi nunca le vi decir oración.

Reíme entre mí, y aunque muchacho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del duque de ella, en un mesón, y diome un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por él de vino a la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón, y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso y tal que, por no ser para la olla, debió ser echado allí.

Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador; el cual, mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido, por sus deméritos había escapado.

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza y, cuando vine, hallé al pecador del ciego, que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensado también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo. Alteróse y dijo:

–¿Qué es esto, Lazarillo?

–¡Lacerado de mí! –dije yo–. ¿Si queréis a mí echar algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto.

–No, no –dijo él–, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible.

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asióme por la cabeza y llegóse a olerme. Y como debió sentir el huelgo, a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz, la cual él tenía luenga y afilada, y a aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo; con el pico de la cual me llegó a la gulilla.

Y con esto, y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aún no había hecho asiento en el estómago, y lo más principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese vuelto a su dueño. De manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago,

que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

¡Oh gran Dios!, ¡quién estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si al ruido no acudieran, pienso que no me dejara con vida. Sacáronme de entre sus manos, dejandoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo y ahora de lo presente. Era la risa de todos tan grande que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta: mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía injusticia en no se las reír.

Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y rue no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello que la mitad del camino lo estaba pensando: que con sólo apretar los dientes se me quedaran en casa y, con ser de aquel malvado, por ventura, las retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y, no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así.

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le había traído, laváronme la cara y la garganta. Sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo:

–Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil veces te ha dado la vida.

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y harpado la cara que con vino luego sanaba.

–Yo te digo –dijo–, que si algún hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, ese serás tú.

Y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y después acá me acuerdo muchas veces de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando que lo que aquel día dijo me saliera tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné del todo y en todo dejarle, y, como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo más. Y fue así que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna y había llovido mucho la noche antes. Y porque el día también llovía, y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojábamos, mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

–Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más arrecia. Acojámonos a la posada con tiempo.

Para ir ahí habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande.

Yo le dije:

–Tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por dónde atravesemos más aína sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho y saltando pasaremos a pie enjuto.

Parecióle buen consejo y dijo:

–Discreto eres, por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se nos angosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua y más llevar los pies mojados.

Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales y llevélo derecho de un pilar o poste de piedra, que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dígole:

–Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay.

Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua, que encima de nos caía, y, lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme de él venganza), creyóse de mí y dijo:

–Ponme bien derecho y salta tú el arroyo.

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele:

–¡Sus! Saltad todo lo que podáis, porque deis de este cabo del agua.

Aun apenas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto. ¡y da con la cabeza en el poste!, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza.

–¿Cómo, y oliste la longaniza y no el poste? ¡Oled! ¡Oled! –le dije yo.

Y dejéle en poder de mucha gente, que lo había ido a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote y, antes que la noche viniese, di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios de él hizo, ni curé de lo saber.

TRATADO SEGUNDO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CLÉRIGO Y DE LAS COSAS QUE CON EL PASÓ

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí como era verdad; que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego y una de ellas fue ésta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y di con el relámpago. Porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, o lo había anexado con el hábito de clerecía.

El tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con una agujeta del paletoque. Y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado y tornada a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar

en otras: algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan, que de la mesa sobran. Que me parece a mí que, aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolara.

Solamente había una horca de cebollas y tras la llave de una cámara en lo alto de la casa. De éstas tenía yo de ración una para cada cuatro días y, cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, él echaba mano al falsopeto y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo:

—Toma y vuélvela luego y no hagas sino golosinar.

Como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dijo, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo; las cuales él tenía tan bien por cuenta, que si por mis malos pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.

Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues, ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía conmigo del caldo. Que de la carne, ¡tan blanco el ojo!, sino un poco de pan, y ¡pluguiera a Dios que me demediara!

Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero y enviábame por una, que costaba tres maravedís. Aquélla la cocía y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos. Y dábamelos en el plato, diciendo:

—Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el papa.

"¡Tal te la dé Dios!", decía yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine a tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura si Dios y mi saber no me remediaban. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué darle salto. Y aunque algo hubiera, no podía cegarle, como hacía al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció; que todavía, aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido, no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía.

Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de el registrada. El un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta. Y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar.

No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, o, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino; mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz, lo compasaba de tal forma que le duraba toda la semana.

Y por ocultar su gran mezquindad, decíame:

—Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber y por esto yo no me desmando como otros.

Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador.

Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la

naturaleza humana, sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aún rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la Extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que la echase a la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de aqueste mundo.

Y cuando alguno de éstos escapaba, ¡Dios me lo perdone!, que mil veces le daba al diablo. Y el que se moría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que sería casi seis meses, sólo veinte personas fallecieron. y éstas bien creo que las maté yo o, por mejor decir, murieron a mi recuesta. Porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba. Que si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mi, como para los otros, deseaba algunas veces; mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo evitaba: La primera por no me atrever a fiar de mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me venía. Y la otra, consideraba y decía:

"Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre y dejándole, topé con este otro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues, si de éste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?"

Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y a abajar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal aflicción, cual plega al Señor librar de ella a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar.

–En mí tendríais bien que hacer y no haríais poco, si me remediáseis –dije tan paso que no me oyó.

Mas, como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije:

–Tío, una llave de este arcaz he perdido y temo mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en esas que traéis, hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré.

Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traía, y yo ayudarle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz. Y abierto, díjele:

–Yo no tengo dineros que os dar por la llave; mas tomad de ahí el pago.

El tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida y aún porque me vi de tanto bien señor, que parecióme que la hambre no se me osaba a llegar. Vino el Mísero de mi amo, y quiso Dios no mirara en la oblada que el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta. Y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar de allí en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego, al tercer día, me vino la terciana derecha.

Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía:

"¡San Juan, ciégale!"

Después que estuvo un gran rato, echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

–Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado de ella panes; por eso hoy, y sólo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos. Nueve quedan y un pedazo.

"¡Nuevas malas te dé Dios!", dije yo entre mí.

Parecióme con lo que dijo traspasarme el corazón con saeta de montero y comenzóme el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada.

Se fue fuera de casa. Yo, por consolarme, abro el arca y como vi el pan, comencéle a adorar, no osando recibirlo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos, y lo más delicado que yo pude del partido partí un poco al pelo que él estaba y con aquél pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte; tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo a mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije:

"Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros. Puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre".

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé un poco. Después, como quien toma gragea, lo comí y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abriese el arca, vio el mal pesar y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho; porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo a otro y viole ciertos agujeros por do sospechaba habían entrado. Llamóme diciendo:

–¡Lázaro!, ¡mira!, ¡mira qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan!

Yo híceme muy maravillado, prejuntándole que sería.

–¡Qué ha de ser! –dijo él–. Ratones, que no dejan cosa a vida.

Pusímonos a comer y quiso Dios que aun en esto me fue bien. Que me cupo más pan que la laceria que me solía dar. Porque ralló con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

–Cómete eso, que ratón cosa limpia es.

Y así, aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle andar solícito quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

"¡Oh Señor mío! dije yo entonces, ¡a cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria y estaba ya cuantoque alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros, por la mayor parte, nunca de aquélla carecen), ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos."

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dio fin a sus obras diciendo:

–Ahora, dones traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis.

De que salió de su casa, voy a ver la obra y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y de ellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente, a uso de esgrimidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que tendría en sustentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podía valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y, habiendo en el día pensado lo que había de hacer y dejado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte donde le hallase, voyme al triste arcaz y por donde había mirado tener menos defensa le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno de él usé. Y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca y, al tiento del pan que hallé partido, hice según deyuso está escrito. Y con aquello algún tanto consolado, tornando a cerrar, me volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco.

Lo cual yo hacía mal y echábalo al no comer. Y así sería, porque cierto en aquel

tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar al diablo los ratones y decir:

–¿Qué diremos a esto? ¡Nunca haber sentido ratones en esta casa sino ahora!

525 Y sin duda debía de decir verdad. Porque, si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella, de razón, había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas a atapárselos. Venida la noche y su reposo, luego era yo puesto en pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche.

530 En tal manera fue y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche. Y en pocos días y noches pusimos la pobre despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía.

535 De que vio no le aprovechar nada su remedio, dijo:

–Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal que, si andamos mas con él, nos dejará sin guarda. Y aun lo peor, que, aunque hace poca, todavía hará falta faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues es el de hasta aquí no me aprovecha: armaré 540 por de dentro a estos ratones malditos.

Luego buscó prestada una ratonera, y, con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca. Lo cual era para mí singular auxilio. Porque, puesto caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del 555 bodigo.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo preguntaba a los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera y no caer ni quedar dentro el ratón y hallar caída la trampilla del gato.

Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos 560 de haber caído alguna vez. Díjole un vecino:

–En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra y ésta debe de ser sin duda. Y lleva razón, que, como es larga, tiene lugar de tomar el cebo y, aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase a salir.

Cuadró a todos lo que aquél dijo y alteró mucho a mi amo y de allí en adelante no 565 dormía tan a sueño suelto. Que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie y con un garrote que a la cabecera, desde que aquello le dijeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía y a mí no me dejaba dormir. Ibase a mis pajas y trastornábalas y a mí con ellas, 570 pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas o en mi sayo. Porque le decían que de noche acaecía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas y

aun morderlas y hacerles peligrar. Yo las más veces hacía del dormido y en la mañana decíame él:

—¿Esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor.

—Plegue a Dios que no me muerda —decía yo—, que harto miedo le tengo.

De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, mi fe, la culebra o culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia o por el lugar, hacía mis saltos. Los cuales daños viendo él y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenía, y parecióme lo más seguro meterla de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa, que me acaecía tener en ella doce o quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbasen el comer. Porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy a menudo.

Pues, así como digo, metía cada noche la llave en la boca y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; más cuando la desdicha ha de venir, por demás es diligencia. Quisieron mis hados, o por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de manera y tal postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debía parecer.

Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra. Y como cerca se vio, pensó que allí en las pajas donde yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza uñ tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí, y dándome grandes voces llamándome, procuró recordarme; mas, como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me había hecho Y con mucha prisa fue a buscar lumbre y, llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego a probarla y con ella probó el maleficio.

Debió de decir el cruel cazador:

"El ratón y culebra que me daban la guerra y me comían mi hacienda he hallado".

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de como esto que he contado, oí, después que en mí torné,

decir a mi amo, el cual a cuantos allí venían lo contaba por extenso.

A cabo de tres días yo torné en mi sentido y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije:

–¿Qué es esto?

Respondióme el cruel sacerdote:

–A fe que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado

Y miré por mí y vime tan maltratado, que luego sospeché mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos. Y comiénzanme a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dijeron:

–Pues ha tornado en su acuerdo, placerá a Dios no será nada.

Ahí tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reírlas, y yo, pecador, a llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre y apenas me pudieron remediar. Y así, de poco en poco, a los quince días me levanté y estuve sin peligro (mas no sin hambre) y medio sano.

Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera y, puesto en la calle, díjome:

–Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios; que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.

Y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, tórnase a meter en casa y cierra su puerta.

TRATADO TERCERO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ESCUDERO Y DE LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL

De esta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, de allí a quince días se me cerró la herida. Y mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano, todos me decían:

–Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca un amo a quien sirvas.

"¿Y adónde se hallará ése, decía yo entre mí, si Dios ahora de nuevo, como crió el mundo, no le criase?"

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero, que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme y yo a él y díjome:

–Muchacho, ¿buscas amo?

Yo le dije: –Sí, señor.

–Pues vente tras mí –me respondió–, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

Y seguíle dando gracias a Dios, por lo que le oí y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester.

Era de mañana cuando éste mi tercer amo topé. Y llevóme tras sí gran parte de la

ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba, y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era la hora propia cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas.

"Por ventura no lo ve aquí a su contento, decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo."

De esta manera anduvimos hasta que dio las once. Entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos hasta que todo fue acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia.

A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre, mi nuevo amo, que se proveía en junto, y que ya la comida estaría a punto y tal como yo la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dio el reloj la una después de mediodía, y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró, y yo con él, y, derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa; la cual tenía la entrada oscura y lóbrega de tal manera, que parece que ponía temor a los que en ella entraban; aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras.

Después que fuimos entrados quita de sobre sí su capa, y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos y, muy limpiamente, soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, sentóse cabo de ella, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad.

Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un muerto.

Después de esto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, esta parecía casa encantada. Estando así, díjome:

–Tú, mozo, ¿has comido?

–No, señor –dije yo–, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.

–Pues aunque de mañana, yo había almorzado y, cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:

–Señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. De eso me podré yo alabar entre todos mis iguales, por de mejor garganta, y así fui yo loado de ella hasta hoy día de los amos que yo he tenido.

–Virtud es ésa –dijo él–, y por eso te querré yo más, porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien.

"¡Bien te he entendido!, dije yo entre mí. ¡Maldita tanta medicina y bondad, como aquestos mis amos que yo hallo, hallan en la hambre!"

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. El, que vio esto, díjome:

–Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo, de tres que eran, el mejor y más grande. Y díjome:

–Por mi vida, me parece éste buen pan.

–¡Y cómo! ¿Ahora –dije yo–, señor, es bueno?

–Sí, a fe –dijo él–. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?

–No sé yo eso –le dije–; mas a mí no me pone asco el sabor de ello.

–Así plegua a Dios –dijo el pobre de mi amo.

Y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en lo otro.

–Sabrosísimo pan está –dijo–, por Dios.

Y como le sentí de qué pie cojeaba, dime prisa. Porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase Y con esto acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo y, después que hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:

–Señor, no bebo vino.

–Agua es –me respondió–. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo, metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y dijome:

–Mozo, párate allí y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante.

Púseme de un cabo y él del otro e hicimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa que encima un negro colchón. Que por no estar muy continuada a lavarse no parecía colchón, aunque servía de él, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandarle lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo de la enjalma, maldita la cosa tenía dentro de sí. Que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban, y parecían a lo propio entrecuesto de flaquísimo

puerco. Y sobre aquel hambriento colchón un alfamar del mismo jaez, del cual color yo no pude alcanzar.

735 Hecha la cama y la noche venida, díjome:

—Lázaro, ya es tarde y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche, capean. Pasemos como podamos y mañana; venido el día, Dios hará merced. Porque yo por estar solo no estoy proveído, antes he comido estos días por allá fuera. Mas ahora hacerlo hemos de otra manera.

740 —Señor, de mí —dije yo—, ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aún más, si es menester, sin comer.

—Vivirás más y más sano —me respondió—, porque como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.

"Si por esa vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla 745 por fuerza y aun espero en mi desdicha tenerla toda mi vida."

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubón. Y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice. Mas, ¡maldito el sueño que yo dormí! Porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse; que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne, y también, como aquel día no 750 había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldíjeme mil veces (¡Dios me lo perdone!) y a mi ruin fortuna, allí, lo más de la noche; y, lo peor, no osándome revolver por no despertarle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón y sayo y capa. ¡Y yo, que le servía de pelillo! Y vístese muy a su placer de espacio. Echéle 755 aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte; y al tiempo que la ponía, dijome:

—¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese. Más así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó a ponerle los aceros tan prestos como ésta los tiene.

Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos, diciendo:

760 —¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella cercenar un copo de lana.

Y yo dije entre mí: "Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras."

Tornóla a meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, 765 echando el cabo de la capa sobre el hombro y continente, que quien no le conociera pensara ser el costado, salió por la puerta, diciendo:

—Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oir misa, y haz la cama y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, por que si yo viniere en tanto pueda entrar.

770 Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante muy cercano pariente del conde Alarcos, o a lo menos al camarero que le daba de vestir.

"¡Bendito seáis vos, Señor —quedé yo diciendo—, que dais la enfermedad y ponéis el remedio! ¿Quién encontrará a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva,

haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y, aunque ahora es de mañana, no le cuenten por muy bien almorzado? ¡Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensara que aquel gentilhombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo? Nadie, por cierto, lo sospechara. ¡Oh Señor, y cuantos de aquéstos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra, lo que por vos no sufrirían!"

Así estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Y como lo vi trasponer, tornéme a entrar en casa y en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar en qué. Hago la negra dura cama y tomo el jarro y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes, muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del verano a refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar:

Y como digo, él estaba entre ellas, hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió. Pero, como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago.

El, sintiéndose tan frío de bolsa cuanto estaba caliente de estómago, tomóle tal calofrío que le robó la color del gesto y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas con los cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que era bien menester; mas no hallé con qué. Púseme a pensar qué haría, y parecióme esperar a mi amo hasta que el día demediase y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fue mi experiencia.

Después que vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo llave do mandó y tórnome a mi menester. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas, como yo a este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir que con el gran maestro, el ciego, lo aprendí, tan suficiente discípulo salí que, aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme a la posada, y al pasar por la tripería pedí a una de aquellas mujeres y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entro, vinose para mí. Pensé que me querí

815 reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios.

Preguntóme dó venía.

Yo le dije:

–Señor, hasta que dio las dos estuve aqui, y de que vi que vuestra merced no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que veis.

820 Mostréle el pan y las tripas, que en un cabo de la halda traía, a la cual él mostró buen semblante, y dijo:

–Pues, esperado te he a comer, y, de que vi que no viniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale pedirlo por Dios, que no hurtarlo. Y así El me ayude, como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo por lo 825 que toca a mi honra. Aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡Nunca a él yo hubiera de venir!

–De eso pierda, señor, cuidado –le dije yo–, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo de darla.

–Ahora, pues, come, pecador; que, si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. 830 Aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo. Que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda de ellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quedaré en ella, aunque me la den por mía.

Sentéme al cabo del poyo y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda. Y 835 comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan, y tan disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partía sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servian de plato.

Tanta lástima haya Dios de mí como yo había de él, porque sentí lo que sentía y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a 840 convidarle; mas, por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo y aun pienso que el suyo; porque como comencé a comer y él se andaba paseando, llegóse a mí y díjome:

845 –Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga.

"La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mía hermosa."

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele:

–Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de 850 vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá a quien no convide con su sabor.

–¿Uña de vaca es?

–Si, señor.

–Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa.

–Pues pruebe, señor, y vera qué tal está.

855 Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Y

asentóseme al lado y comienza a comer como aquel que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquéllos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

–Con almodrote –decía–, es éste singular manjar.

"Con mejor salsa lo comes tu", respondí yo paso.

860 –Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado.

"¡Así me vengan los buenos años como es ello!", dije yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos y muy contentos nos fuimos a dormir, como la noche pasada.

865 Y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre: que, escapando de los amos ruines que había tenido, y buscando mejoría, viniese a topar con quien, no sólo no me mantuviese, 870 mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más. Y antes le había lástima que enemistad. Y muchas veces, por llevar a la posada con que el lo pasase, yo lo pasaba mal.

Porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres y, en tanto yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jubón y las calzas, que 875 a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo.

"Este –decía yo– es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste de 880 haber mancilla."

Dios es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir. Al cual, con toda su pobreza, holgaría de servir más que a los otros por lo que he dicho. Sólo tenía de él un poco de descontento: que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un 885 poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada: aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. 890 Y fue, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y asi, ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dio, vi llevar una procesión de pobres azotando por las Cuatro Calles. Lo cual me puso tan gran espanto que nunca osé desmandarme a demandar.

895 Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores; tanto, que nos acaeció estar dos o tres días sin comer bocado ni hablar palabra.

A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la laceria que les traían me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o dónde andaba y qué comía. ¡Y verle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que toca a su negra, que dicen, honra, tomaba una paja, de las que aún asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo:

"Malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, oscura. Mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir de ella."

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecución, un día, no sé por cuál dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia y con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo:

–Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la plaza y merca pan y vino y carne; ¡quebremos el ojo al diablo! Y más te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa y en esta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré! Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido ni he habido descanso ninguno; mas, ¡tal vista tiene y tal oscuridad y tristeza! Ve y ven presto, y comamos hoy como condes.

Tomo mi real y jarro y, a los pies dándoles prisa, comienzo a subir mi calle encaminando mis pasos para la plaza, muy contento y alegre.

Mas, ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra? Y así fue éste. Porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearía que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían.

Arriméme a la pared por darles lugar y, después que el cuerpo pasó, venían luego a par del lecho una que debía ser mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando a grandes voces y diciendo:

–Marido y señor mío, ¿adónde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!

Yo, que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra y dije:

–¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente y vuelvo por la calle abajo a todo el más correr que puede para mi casa. Y entrando en ella, cierro a grande prisa, invocando el auxilio y favor de mi amo abrazándome de él, que me venga a ayudar y a defender la entrada. El cual, algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

–¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has? ¿Por qué cierras la puerta con tal

furia?

–¡Oh, señor –dije yo–, acuda aquí que nos traen acá un muerto!

940 –¿Cómo así? –respondió él.

–Aquí arriba lo encontré y venía diciendo su mujer: "Marido y señor mío. ¿Adónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!" Acá, señor, nos le traen.

Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar muy risueño, 945 rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía yo echada la aldaba a la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y después que fue ya mas harto de reír que de comer el bueno de mi amo, díjome:

–Verdad es, Lázaro; según la viuda lo va diciendo tú tuviste razón de pensar lo que 950 pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y ve por de comer.

–Dejadlos, señor, acaben de pasar la calle –dije yo.

Al fin vino mi amo a la puerta de la calle y ábrela esforzándome, que bien era menester según el miedo y alteración, y me torno a encaminar. Mas, aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello. Ni en aquellos tres días torné en mi color. 955 Y mi amo, muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideración.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra. Porque desde el primer día que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales de ella tenía.

960 Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba. Porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino.

–Señor –dije yo–, si él era lo que decís y tenía más que vos, ¿no errábais en no 965 quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba?

–Sí es y sí tiene y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano.

–Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más.

970 –Eres muchacho –me respondió– y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como ves, un escudero; mas ¡vótote a Dios!, Si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no 975 quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quise ponerle las manos, porque, cada vez que le topaba, me decía: "Mantenga Dios a vuestra merced". "Vos, don villano ruin –le dije yo–,

¿por qué no sois bien criado? ¿Manténgaos Dios, me habéis de decir, como si fuese quienquiera?" De allí adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete y hablaba como debía.

—¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro —dije yo— decirle que le mantenga Dios?

—¡Mira mucho de enhoramala! —dijo él—. A los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de: "Beso las manos de vuestra merced", o por lo menos: "Bésoos, señor, las manos", si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca más le quise sufrir, ni sufriría ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que "Manténgaos Dios" me diga.

"Pecador de mí —dije yo—, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufre que nadie se lo ruegue."

—Mayormente —dijo— que no soy tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, que de estar ellas en pie y bien labradas, a diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra.

Y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia, muchos hallo; mas es gente tan limitada que no los sacaran de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y si no, andad con Dios os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más ciertas comido por servido. Ya, cuando quieren reformar conciencia y satisfaceros vuestros sudores, sois librados en la recámara, en un sudado jubón o raída capa o sayo. Ya cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria. ¿Pues, por ventura, no hay en mi habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentirle tan bien como otro y agradarle a las mil maravillas. Le reiría mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo. Nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho. No me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver. Y ponerme a reñir, donde lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de casa; y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores de él parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle.

De esta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de

1020 su persona valerosa.

Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hacen cuenta y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara. Pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena respuesta: que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos y que a la tarde volviesen; mas
1025 su salida fue sin vuelta.

Por manera que a la tarde ellos volvieron; mas fue tarde. Yo les dije que aún no era venido. Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo y fuime a las vecinas y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino; mas a estotra
1030 puerta. Las mujeres les responden:

–Veis aquí su mozo y la llave de la puerta.

Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adónde estaba y que tampoco había vuelto a casa desde que salió a trocar la pieza y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el trueco.

1035 De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano. Y helos do vuelven luego con ellos y toman la llave y llámanme, y llaman testigos y abren la puerta y entran a embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme:

1040 –¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?

–No sé yo eso –les respondí.

–Sin duda –dicen ellos– esta noche lo deben de haber alzado y llevado a alguna parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe dónde está.

En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubón, diciendo:

1045 –Muchacho, tú eres preso si no descubres los bienes de este tu amo.

Yo, como en otra tal no me hubiese visto (porque asido del collar sí había sido muchas e infinitas veces; mas era mansamente de él trabado para que mostrase el camino al que no veía), yo hube mucho miedo y llorando prometíle de decir lo que preguntaban.

–Bien está –dicen ellos–. Pues di todo lo que sabes y no hayas temor.

1050 Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenía.

–Señores –dije yo–, lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.

–Bien está –dicen ellos–. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso? –me preguntaron.

1055 –En su tierra –les respondí.

–Por Dios, que está bueno el negocio –dijeron ellos–. ¿Y adónde es su tierra?

–De Castilla la Vieja me dijo él que era –les dije yo.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

–Bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

1060 Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

–Señores, éste es un niño inocente y ha pocos días que está con ese escudero y no sabe

de él más que vuestras mercedes; sino cuando el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él.

1065 Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos. Sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido, porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a aquél.

1070 Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de la vieja; aunque no iba muy cargado. Allá van todos cinco dando voces. No sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos. Y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercer amo, donde acabé de conocer mi ruin 1075 dicha. Pues, señalándose todo lo que podía contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

TRATADO SÉPTIMO

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ALGUACIL Y DE LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil. Mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso. Mayormente, que una noche nos corrieron a mí 1080 y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos. Y a mi amo, que esperó, trataron mal; mas a mi no me alcanzaron. Con esto renegué del trato.

Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados 1085 fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le tienen.

En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos, que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus 1090 delitos: pregonero, hablando en buen romance.

(En el cual oficio, un día que ahorcábamos un apañador en Toledo y llevaba una buena soga de esparto, conocí y caí en la cuenta de la sentencia que aquel mi ciego amo había dicho en Escalona, y me arrepentí del mal pago que le di por lo mucho que me enseñó. Que, después de Dios, él me dio industria para llegar al estado que ahora estoy.)

1095 Me ha sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano. Tanto, que en toda la ciudad el que ha de echar vino a vender, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque

le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así me casé con ella y hasta ahora no estoy arrepentido.

Porque, además de ser buena hija y diligente, servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo; por las Pascuas su carne y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas gue deja. Y nos hizo alquilar una casilla cerca de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué, de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisarle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad.

(Aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela y habido algunas malas cenas por esperarla algunas noches hasta las laudes y aún más, y se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dijo en Escalona, estando asido del cuerno. Aunque de verdad siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hacerme malcasado, y no le aprovecha.)

Porque, además de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá; que él me habló un día muy largo delante de ella y me dijo:

–Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella. Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

–Señor –le dije–, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso y aun por más de tres veces me han certificado que, antes que conmigo casase, había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado; en tal manera que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Más yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentarle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad, Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes, cuando alguien siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo:

–Mirad, si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar. Mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí. Y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré

con él.

De esta manera no me dicen nada y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de
1145 Toledo entró y tuvo en ella cortes y se hicieron grandes regocijos, como vuestra merced habrá oído.

Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

(De lo que de aquí adelante me sucediere, avisaré a vuestra merced.)

Sugerencias para el análisis de los Tratados 1, 2, 3 y 7

1. Piensa en los orígenes del joven. ¿Cómo es la familia de Lázaro? ¿Es irónico su apellido? ¿Por qué?
2. Explica qué quieren decir las siguientes palabras del clérigo, "Lázaro, de hoy más eres tuyo que mío".
3. ¿Qué artimañas o mentiras se inventa Lázaro para matar el hambre?
4. Identifica y describe el papel de los personajes femeninos en *El Lazarillo*.
5. Comenta estas líneas del primer tratado, "Verdad dice éste que cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer". ¿Por qué marcan un momento importante en el desarrollo y la educación de Lázaro?
6. Describe en detalle la personalidad de Lázaro. Menciona los sucesos que provocan cambios en su personalidad.
7. ¿Por qué usa el autor de *El Lazarillo* el recurso de escribir una carta a "Vuestra Merced"?
8. ¿Qué importancia tiene en la narración el uso de los tiempos verbales? (Por ejemplo, el empleo del presente en lugar del pasado, de pretéritos que se interpretan como presentes).
9. Busca ejemplos de lenguaje coloquial y de lenguaje culto. Describe el efecto de la mezcla.

Temas de discusión y ensayo

1. ¿Cómo se logra el efecto realista de la novela? ¿Qué tipo de acontecimiento se narra y con qué detalle?
2. Los héroes y los conquistadores tenían a sus cronistas para narrar sus vidas. Lázaro, como los otros protagonistas de la picaresca, cuenta sus propias aventuras de manera autobiográfica. ¿Crees que es casual esta forma de relato o responde a una intención?
3. ¿Se nos presenta a Lázaro como una persona deshonesta y sin principios? ¿Qué peso tienen la herencia familiar y las circunstancias en la conducta de Lázaro? Cita evidencia de diferentes partes de la obra en tu respuesta.
4. Usando citas para apoyar tus explicaciones, caracteriza la sociedad de la época. ¿Qué ejemplos ilustran la crueldad, la hipocresía, la avaricia, la mezquindad y el engaño en los personajes de *El Lazarillo*? ¿Qué grupos sociales introduce la obra? ¿Presenta una crítica

social? ¿Es satírica?

5. Compara la relación entre pares famosos de la literatura, Lázaro y el hidalgo, Sancho y Don Quijote, Huckleberry Finn y Tom Sawyer.
6. ¿Tiene *El Lazarillo* intención moralizante? Basa tu respuesta en pasajes específicos.
7. La picaresca surge en el XVI como reacción a las novelas de caballería y sus fabulosas hazañas. Coincide en ello, hasta cierto punto, con el *Quijote*. Compara y contrasta a los dos antihéroes, Lázaro y don Quijote. Compara también a los heroicos caballeros que parodia Cervantes con Lazarillo.
8. *El Lazarillo* fue inmediatamente un éxito. Se leyó y comentó tanto que las palabras "lázaro" y "lazarillo" se incorporaron al lenguaje para significar "persona que acompaña y guía a un ciego". ¿Cuáles crees tú son las razones de este éxito popular?
9. Compara el tipo de aventuras de Lázaro con las de Cabeza de Vaca.

Actividades

1. Debatir estas dos posiciones: Lázaro es un pequeño delincuente y ladrón que no tiene lealtades y actúa sin principios morales. Lázaro hace legítimamente lo que debe para sobrevivir.
2. Hacer un mapa de las andanzas de Lázaro. Con un modelo adecuado, obtenido en la biblioteca o en el internet, los estudiantes pueden hacer una imitación ilustrada de un mapa antiguo.
3. Por grupos, los estudiantes comparan una versión moderna de *El Lazarillo* con la presentada en *Azulejo* y hacen una lista de las diferencias que ha sufrido el español desde el siglo XVI. Añaden a esta lista sus observaciones del *Quijote* para concluir cuatro o cinco diferencias fundamentales (la posición de los pronombres es un ejemplo).
4. Los alumnos seleccionan los momentos que les parecen más interesantes y los dramatizan con sus propias palabras.
5. Los estudiantes buscan representaciones artísticas de los siglos XVI y XVII de niños (Velázquez, Ribera, otros). Comentan sus ocupaciones y manera de vestirse y las relacionan con su visión de Lázaro.
6. En clase, entre todos los estudiantes se pueden encontrar "pícaros" contemporáneos de novelas, televisión o películas.
7. Los estudiantes pueden ver la película *El Lazarillo de Tormes* (o algunos fragmentos). Se puede obtener a través del Instituto Cervantes.